

Muchos no lo advierten porque ni conocen el carácter pragmático propio de la pintura y la plástica, ni saben discernir los dos elementos de las producciones caleotécnicas, á saber, la concepcion y el medio representativo sensible; y así se fijan exclusivamente en la imágen, en vez de elevarse al objeto representado por ella. Demás de esto la costumbre ha embotado no poco en este punto nuestra sensibilidad; y las modernas teorías estéticas han hecho cuanto ha sido de su parte para falsear sus máximas (1).

---

(1) Las razones que hemos dado contra la desnudez de las figuras conservan todo su valor aun respecto al tan desmedidamente celebrado grupo de Laocoonte. Que la desnudez de que adolece, sea un pecado contra la verdad filosófica, ya lo notó entre otros un crítico francés, de Piles, cuyas palabras hallamos citadas en el mismo Lessing: «Laocoonte debería estar vestido *para conformarse con la ley de la verosimilitud*: porque ¿es acaso posible que el hijo de un rey, que un sacerdote de Apolo estuviese enteramente desnudo en el punto de ofrecer un sacrificio? Porque es de advertir que las serpientes pasaron de la isla de Tenedos á las costas de Troya, y sorprendieron á Laocoonte y sus hijos estando estos en la ceremonia del sacrificio que hacian á Neptuno á orillas del mar, como nota Virgilio en el libro segundo de la Eneida. Pero los artistas que idearon esta obra, juzgaron bien que no podian presentarlos con vestidos convenientes á su estado, para lo cual hubiera sido preciso formar como una hacina de piedras cuya masa semejaría á una roca, y prefirieron á esto trazar tres figuras admirables que han sido y serán siempre el asombro de los siglos (?). Así entre los dos inconvenientes optaron por el de proceder contra la verdad misma reputando más embarazoso el cubrir á los personajes con el ropaje que ella pedía.»

Concediendo que las facultades técnicas consiguientes al vestido de las figuras puedan inducir á la escultura á chocar contra la verdad filosófica presentando desnudos á sus héroes, siempre resultará que á emplear semejante recurso solo pudieron determinarse los artistas de aquel período en que la *vida griega estaba ya corrom-*

Por lo que toca á los antiguos, á quienes ape- la Lessing, creemos que desde los tiempos en que vivieron no ha dejado la humanidad de progresar así en costumbres como en filosofía. Pero no se crea por lo demás que el arte antiguo se adjudicára la libertad ilimitada de violar las leyes de la decencia, como supone Lessing. Muy pequeño es el número de obras plásticas que han quedado de la antigüedad; ¿y habrá quien nos niegue que entre las estatuas formadas de manos griegas son en mucho mayor número las vestidas que las desnudas? Pero todavía opone Ficker (1), no sin contradecirse á sí propio, que despues de Fidias, y de consiguiente por el tiempo en que la vida comenzó á decaer, y con ella tambien el arte griego, la plástica principió á mostrar *vestidas ciertas* figuras. La verdad es que aun en medio de esta decadencia confirmó el arte griego la fuerza de las razones que hemos alegado últimamente contra el desnudo. Y á la verdad, ¿en qué figuras era admisible el desnudo despues de Fidias? En aquellas princi-

---

*pida* y el arte por el mismo consiguiente (v. lo que decimos al §. 30 hácia el fin). Y aunque por otra parte hubiera ganado el grupo bajo el aspecto técnico con la falta del ropaje, es indudable que su mérito *caleotécnico* se reduce mucho precisamente por esta misma causa. Solo puede dudar de esta verdad aquel realismo superficial que en las obras del arte atiende exclusivamente al elemento corpóreo, al medio representativo sensible, sin sentir siquiera la existencia de la belleza suprasensible cuya contemplacion debe procurarnos dicho medio.

(1) Estética, §. 201.

palmente que pertenecian á la parte más oscura del mito griego: representaciones de la Venus vulgar (V. la nota correspondiente al n. 51) y de las personificaciones tocantes á la misma, las cuales hacian consonancia con su infame culto. «Allí por el contrario,» dice Ficker, «allí donde la edad y la dignidad exigian ropaje, este no se hacia desear; así que siempre comparecieron vestidos Júpiter, Neptuno, Esculapio, la severa Palas ateniense, la casta Diana, Juno la séria, Ceres y las musas» (1). ¿Y por qué así? Porque los griegos tenian harto talento para no comprender que el desnudo no pueda hacer paces con la idea de estos caracteres; que una Minerva ó un Júpiter despojados de toda vestidura serian una concepcion contradictoria, un verdadero absurdo. Solo á la impudencia personificada se atrevian ellos á presentarla impudicamente sin temor de chocar contra la verdad filosófica, ley esencial del arte. ¡Si al ménos el arte moderno quisiera aprender de sus ponderados maestros, los griegos, «dotados de tan exquisita sensibilidad!»

Y cuenta que no hemos traído todas las razones que pueden alegarse contra el derecho en mal hora atribuido al arte de exponer desnudas sus figuras. Hablando ingénuamente, la razon que tocamos en un principio, es la que sobre to-

(1) Estética, §. 201.

das merece la atencion de todo artista en cuyo corazon no haya muerto el temor de Dios y el amor verdadero de los hombres. *¡Vae mundo a scandalis!* ¿quién podrá medir el estrago ni contar las ruinas causadas entre los hombres por esta falsa libertad del arte? ¿No se ha de pedir á alguien en su dia cuenta de esto? Y si realmente ha de pedirse, ¿quiénes otros tendrán que oír directamente la terrible sentencia, sino aquellos artistas que no ya precisamente á causa de las obras repugnantes que ofrecen á la más funesta de las pasiones el pábulo que codician, sino á causa de las representaciones licenciosas ó poco púdicas se tornan en piedra de escándalo para la humana flaqueza, en lazo de la cándida inocencia? El autor de una obra debe reputar por suyos y responder de los efectos originados de ella en cuanto ha podido y debido preverlos. ¿Acaso no es un grave delito jugar de esta suerte con la salud de nuestros prójimos por el gusto de lucir ciertos conocimientos anatómicos y habilidades técnicas, y sacrificar almas inmortales á una ventaja quimérica en orden á la perfeccion de la obra artística? *¡Vae homini illi, per quem scandalum venit!*

Pero ya hemos dicho lo bastante acerca de esta cuestion. Concluiremos sin embargo con una asercion de Vischer, la cual merece exclusivamente aquí algun lugar. «Es cosa reconocida,» dice este autor, «mucho tiempo há, que ningun

arte da como este (la escultura) el ideal» (1). Esta asercion ha sido sostenida é impresa, pero reconocida, nunca. Porque la razon humana solo puede reconocer la verdad; y que la asercion de Vischer es falsa, resulta evidentemente de lo que dijimos en la primera parte de esta obra. Bien pueden darse con él á buscar entre las representaciones plásticas «el ideal mismo» los que como Vischer hallan ser ellos mismos para sí propios el ideal, los que como él han trepado las alturas «del modo especulativo de mirar al mundo,» y le pueden por consiguiente definir en oyéndole ménos de veinte líneas adelante decir que la proposicion en que se afirma «que hay dos mundos coexistentes, Dios y el hombre, es propiamente una contradiccion: porque Dios no es otra cosa sino el hombre ideal» (2). Dificil es en verdad decidir cuál de las dos aserciones de Vischer es más alambicada, si la primera ó la segunda. Acaso damos nosotros con su sentido entendiendo ser este, que se coloque el ideal desnudo del palacio de los Médicis, ó el del Louvre, la diosa del placer, que se la coloque sobre el altar, y en él hagan sacrificios «al Dios», al «hombre ideal»: entonces tendríamos finalmente otra vez los bellos

(1) Vischer, Estét. III. §. 606. pág. 369.

(2) Lug. cit.

dias de Corinto y Chipre por los cuales lloraba Schiller diciendo:

«Entonces se coronaban todavía tus templos, ¡oh Venus Amathusia!» (1)

#### XXIV.

Sobre la asercion de Lessing, que entre los antiguos la belleza corpórea era la ley suprema de las artes que usan de figuras. Refutacion. Lessing y Winkelmann. El verdadero espíritu de los antiguos con relacion al arte bella de épocas posteriores.

139. La intencion de Lessing al exponer su doctrina sobre el oficio de las bellas artes es la siguiente: creyó haber mostrado históricamente, habida consideracion á las obras del arte griego, que entre los antiguos la ley primera de las artes que usan de figuras, fué la belleza corpórea, la belleza de la forma (2). Sentado esto quiso demostrar *a priori*, que precisamente

(1) «Los Dioses de Grecia.»

(2) Laokoon.—No hacemos agravio alguno á Lessing en asegurar que la belleza de que nos habla, es la que llamó San Agustin «falsa belleza,» «bien caduco de la carne,» (v. n. 7.) la belleza exterior del cuerpo. Antes oimos al mismo Lessing designarla bajo el nombre de «belleza corpórea.» Ciertamente considera Lessing á la expresion como un elemento de la belleza (Laokoon XXXII.)—Pues sin expresion no se concibe la belleza del cuerpo humano; pero este elemento es á sus ojos subordinado. El ideal de su belleza corpórea consiste «en el ideal de la forma principalmente y también en el ideal de la carnacion y de la expresion permanente» (Laokoon XXXIII. p. 256).